

se hagan en una capilla ó en un altar de la Sma. Virgen.

Cuando una Cofradía está erigida, no se necesita enviar á Ntra. Sra. de las Victorias de Paris, los nombres de los fieles que se asocien en lo sucesivo.

No se puede en las parroquias reservar la Asociacion para solo mugeres ó para las personas que hacen profesion de piedad; la Cofradía es realmente para los católicos de todo sexo, de toda edad, de toda condicion, y de todo estado que para sí mismos ó para el bien de los otros soliciten ser parte de ella.

La Cofradía del sagrado Corazon de María en favor de los pecadores, puede ser instituida aun en las parroquias que ya poseen la del escapulario ó del rosario.

Una comunidad religiosa de hombres ó de mugeres, puede agregarse y gozar de todos los privilegios de la asociacion. La carta de peticion hecha por el superior ó por la superiora, deberá espresar el pais, la diócesis y la parroquia de la comunidad, con el número total de los miembros que la componen.

Obtenida la carta de agregacion, todos los profesos y profesas, hermanos y hermanas, legos, novicios y torneros, presentes y por venir, serán incorporados perpetuamente. Para entrar en el fin de la Archicofradía, bastará que la comunidad, en cuerpo, se proponga honrar especialmente el sagrado Corazon de María,

ofreciendo por la salud de los pecadores la union de sus prácticas diarias y de sus buenas obras. Esta agregacion no tendrá valor sino para los miembros de la comunidad: las personas que no hagan parte de ésta no podrán ser agregados si no se forma en la Iglesia del convento una asociacion pública, con licencia del Obispo y con las formalidades requeridas para una parroquia.

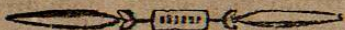
N. B. Cuando un director particular hace recomendaciones á las reuniones de asociados, la fórmula general que se desea que emplee es la siguiente: Se recomienda á vuestras caritativas oraciones tantos (el número) pecadores ó enfermos para los cuales se pide la gracia de Dios por la intercesion del sagrado Corazon de María. Se desea ademas que todos los domingos se pida porque la Inglaterra vuelva á la unidad católica.

SEGUNDA PARTE.

Meditacion para uso de los asociados.

Creemos que les agradará á los miembros de la Archicofradía encontrar aquí algunas reflexiones propias á escitar el celo que los debe animar, y se las pondremos en forma de meditaciones.

Los motivos de nuestro celo para la conversion de los pecadores y la salvacion de las almas, se dividen en tres clases: lo que respecta á *Dios*, á quien este celo es tan agradable; lo que respecta á *nuestros hermanos*, á quienes podemos ser útiles; lo que respecta á *nosotros mismos*, que llenando en esto un deber, sacamos ventajas tan preciosas de todo lo que hacemos para la salvacion de los otros.



PRIMER MOTIVO DE NUESTRO CELO

PARA LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

EL DESEO DE DIOS.

MEDITACION PRIMERA.

DIOS AMA A LOS PECADORES.

PUNTO I.

Dios ama á los pecadores.

¿Cómo no amaré lo mas excelente de sus obras? Nuestra alma es la obra maestra de un Dios Criador. ¿Cómo no amar él su propia semejanza? No nos semejamos á Dios por nuestro cuerpo, porque Dios no tiene cuerpo. Pero en nuestra alma, aunque depravada por el

pecado; ¡no encontramos todavía rasgos hermosos de esta imágen de Dios, que hacia su gloria en su primitiva grandeza? Imágen de su inteligencia en este espíritu deseoso de conocer, capaz de reflexionar y comprender. Imágen de su *santidad*, de su *justicia*, en aquella rectitud natural que nos hace aprobar lo que es bueno y condenar lo que es malo. ¿Por qué parece seguro interesarnos y enternecernos con el relato de una bella accion? ¿Por qué damos nuestras lágrimas á la virtud desgraciada y nos irritamos contra el malvado que la oprime? Es porque nuestra alma está hecha á Imágen de Dios.

Cuando la escritura nos enseña que nuestra alma es un soplo de la boca de Dios, es para hacernos entender que el Criador la produjo con una afeccion tan tierna, que es, dice Bosuet, como si hubiera salido de las regiones de su corazon.

¡Oh noble imágen de la Divinidad! ¡Oh alma del hombre, cuánta es tu escelencia, cuánta tu dignidad, y cuán seguro está de agradar á Dios el que trabaja en levantarte de tu degradacion, el que contribuye á tu felicidad!

PUNTO II.

Dios ama el alma de los pecadores.

El alma del pecador es su imágen desfigurada. No la ama de un amor de complacencia,

que es como ama á los justos, sino de un amor de compasion. Este Dios, tres veces Santo, que no puede mirar la iniquidad, mira sin embargo con el mas vivo interes una alma manchada de crímenes. Cuando descendió sobre la tierra, se hizo llamar amigo de los pecadores. ¿Qué cosa mas tierna en el Evangelio que las parábolas del pastor que corre tras de su oveja extraviada; de la dracma perdida con tanto dolor, buscada con tanta solicitud, y vuelta á hallar con tanta felicidad; del buen padre estrechando entre sus brazos y regando con amorosas lágrimas al hijo culpable que lo habia abandonado?

¡Dios de David, de Pablo, de la Magdalena y de Agustin! Oh! vos que habeis iluminado á la Samaritana, mirado á Pedro, llevado la salud á la casa de Zaqueo, convertido tantos pecadores!... Mirad, tocad, convertid tantas almas insensibles á su propia desgracia; salvad la obra de vuestras manos.

PUNTO III.

Dios se muestra reconocido de todo lo que hacemos para la conversion de los pecadores.

El Señor en otro tiempo hacia conocer á David que era sensible al deseo que tenia este santo rey de edificarle un templo; ¡y no lo será mucho mas á los esfuerzos de nuestro celo para purificar y reedificar sus templos vivos,

profanados y destruidos por el pecado? ¿Para hacerlo volver á entrar en almas donde habitaba con delicia cuando la inocencia las adornaba? Si Jesucristo recibe con reconocimiento, como hechos á él mismo, los mas ligeros servicios que hacemos en el orden temporal á los que se ha dignado adoptar por sus hermanos, ¿podria ser indiferente á los servicios infinitamente mas importantes que nuestra caridad les haga en el orden espiritual y eterno?

Oh! qué dulce me parece, Señor, merecer vuestro reconocimiento, dándoos del mio un testimonio que yo sé que os agrada! Yo me dedico á ganaros corazones. ¡Oh si yo pudiera poner corazones en el cielo que os amasen conmigo y por mí toda la eternidad!... Yo lo podré ¡ó María, ó tierna Madre de los pecadores, ó Madre mia! yo podré, si vos apoyais con vuestra poderosa intercesion mis muy debidas oraciones.

Acordaos ¡ó misericordiosísima Virgen María! que no se ha oido decir alguna vez, que ninguno de los que han recurrido á vuestra proteccion, implorado vuestra asistencia, y reclamado vuestro socorro, haya sido abandonado de vos. Animado con semejante confianza, recurro á vos, gimiendo bajo el peso de mis pecados; no desecheis, ó Madre de Dios, mis humildes oraciones, sino escuchadlas favorablemente, y dignaos despacharlas. Así sea.



MEDITACION SEGUNDA.

DIOS HA PROBADO SU AMOR PARA LOS PECADORES.

PUNTO I.

Dios Padre dando su Hijo para salvarlos.

Caido el hombre en desgracia de Dios, no podia levantarse de una caida tan lamentable. No tenia él ningun medio para restablecer el comercio de amor que lo habia unido á su Criador y á su Padre, y que habia tan indignamente interrumpido ofendiéndole. ¡Qué espacion hubiera bastado para borrar su crimen y reparar la divina gloria ultrajada? Esto es hecho. ¡Gran Dios, nuestra desgracia es irremediable!

Escucha ¡ó pueblo mio! dice el Señor, y comprende, si puedes, toda la fuerza de mi amor, todas las riquezas de mi misericordia. Yo tengo un Hijo en que he puesto todas mis complacencias, porque he vuelto á hallar en él todas mis infinitas perfecciones: es otro yo mismo. Toma á este Hijo único y muy amado; yo te lo doy si él consiente en ello; yo lo entrego á la muerte por salvarte....

Es en efecto hasta este prodigioso esceso, dice S. Juan, que *Dios ha amado al mundo...*(1)

(1) Joan. 3, 16.

...hasta el fin de tu vida? ¡Te humillarás

¡Y qué mundo? Un mundo cubierto de crímenes, manchado con todo género de iniquidades; porque no habia otro mundo cuando él nos dió á su Hijo.... ¡Oh alma humana, esclama S. Bernardo, qué preciosa eres! ¡Pobres pecadores! ¡Y vos perdeis, como objeto de ningun valor, esta alma por la cual un Dios infinitamente sabio, creyó deber hacer un tan admirable sacrificio!

PUNTO II.

Dios Hijo dando su sangre por rescatarlos.

Encarnando el Verbo Eterno, no ignoraba lo que le costaria sacar á los hombres del abismo en que se habian precipitado, rebelándose contra Dios. Percibió á primera vista todo el pormenor de los oprobios y dolores que tendria que sufrir para pagar nuestro rescate y llegar á ser nuestro Salvador. Nada pudo asustar su amor; se entregó al sacrificio. Los profetas lo hacen hablar así á su Padre:

Yo veo bien, ó Padre mio, que los hombres no tienen holocaustos que ofreceros que sean dignos de vos; todas sus reparaciones son infinitamente menores que sus ofensas; jamas podrán por sí mismos desarmar vuestra cólera: vedme aquí penitente en su lugar; yo me hago su víctima, pronto á sufrir los rigores de vuestra justicia adorable. Herid, herid á vuestro Hijo; ¡mas perdonad á los hombres!

¡Oh pesebre de Belen! ¡oh huerto de los olivos! ¡oh Pretorio! ¡oh Calvario! ¡qué elocuentemente nos hablais del amor de Jesus á los pecadores! ¡Ah! ¡Si yo viese á mis hermanos en el corazon y en las llagas de Jesucristo, estaria yo sin deseo de contribuir á su salvacion?

PUNTO III.

Dios Espíritu Santo empleando tantos medios para santificarlos.

Al Espíritu Santo, que es en la augusta Trinidad el amor sustancial del Padre y del Hijo, es en algun modo el corazon con que se aman entre sí, y nos aman á nosotros: á este espíritu de caridad se atribuye la obra de nuestra santificacion en cuanto que viene de Dios.

El es el que les da á los Sacramentos de la Iglesia su eficacia divina; él es el que hace de la palabra evangélica tan pronto una trompeta sonora que despierta al pecador adormecido, como una espada que corta los funestos lazos de sus pasiones; el que turba una alma criminal por la gracia del remordimiento, la abate por el temor, la despierta y la consuela, la sostiene por la esperanza; él, en fin, el que se nos representa en la Escritura manteniéndose en pié á la puerta del corazon culpable, pidiendo entrar en él; porque no está dentro, el pecado lo desterró de allí. ¡Oh cuánto le agrada escu-

... hasta el fin de tu vida? ¡Te humillarás

char una humilde y ardiente oracion para la conversion de los pecadores!

Divino Espíritu, escuchad, pues, la mia. Alumbrad á los ciegos, tocad á los endurecidos; poned en mis labios el sabio consejo, y la palabra de salvacion que vos me proporcionareis dirigir; bendecid sobre todo el buen ejemplo con que yo quiero siempre edificar. Corazon immaculado de María, rogad con nosotros, rogad por nosotros. Acordaos, &c. (Pág. 35).

MEDITACION TERCERA.

YO DEBO PROBAR MI AMOR A DIOS, POR MI CELO EN LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

PUNTO I.

Prueba necesaria.

¿Se puede amar á Dios y quedar insensible á los ultrajes que recibe, y no secundar por todos los medios posibles el mas ardiente de sus deseos, y no perdonarle el mayor de todos los disgustos? ¿Amamos como queremos ser amados?

Si alguno sentado al fuego en nuestra casa se contentase con no arropar en él á vuestro hijo pero que lo viese caer allí, sin dar un paso, sin mover un brazo para contenerlo, ó para re-

tirarlo de las llamas, ¿querriais tenerlo por vuestro amigo?

¿Se creeria amado de sus hijos un padre, si éstos se limitaban á no tomar ninguna parte activa en la incomodidad que se le daba; si se contentaban con no insultarlo con los que lo insultaban, pero que por otra parte se mostrasen indiferentes á las injurias con que se le oprimia, á los indignos tratamientos que se le hacian sufrir, sin tomarse el trabajo de impedirlos cuando podian?

El amor nos identifica con el que amamos: dividimos sus placeres y sus penas; yo estoy seguro de no tener amor de Dios si no tengo celo por la conversion de los pecadores: prueba necesaria de este amor, mas tambien:

PUNTO II.

Prueba convincente.

Cuando Jesucristo hizo esta pregunta á S. Pedro: *Simon, hijo de Juan, me amas?* [1] no ignoraba cuál seria la respuesta; conocia los sentimientos de su apóstol, pero queria ministrarle una ocasion de manifestarlos, y enseñarle un escelente medio de probarlos.

Es poco mas ó menos como si le hubiera dicho: Tú me amas, ó Pedro, yo lo sé; pero tienes necesidad de darme y de darte á tí mismo una prueba incontestable. ¿Qué harás? ¿llorarás tu

(1) Joan. 21, 15.

culpa hasta el fin de tu vida? . . . ¿Te humillarás á los piés de todos para castigar el orgullo que te ha colocado un momento, segun tu estimacion, sobre todos los otros? . . . O apóstol mio! yo no desecharé estos testimonios de tu amor arrepentido; pero hay un testimonio mas cierto y que yo deseo mucho mas, hételo aquí: *Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos* [1]: dedícate á la salvacion de tus hermanos.

Esta es, en efecto, dice S. Juan Crisóstomo, la mayor prueba de amor que puede darse á Jesucristo. Y pues él nos declara en los libros santos que ama á aquellos de quienes es amado, ¿queremos ser los objetos de su mas tierna predileccion? ¿Queremos poder contar con los mas ricos dones de su amor? Probémosle en nuestro celo por la conversion de los pecadores.

PUNTO III.

Prueba consoladora.

¿Quién es aquel que preguntando á sus recuerdos, no encuentre en su vida pasada bastantes motivos de derramar lágrimas? ¿Cuántas infidelidades, cuánta frialdad con un Dios que merecia tanto amor! ¿qué ultrajes hechos á su gloria! ¿Quién es el que no tiene que llorar con sus propias faltas algun pecado de otro, que de-

(1) Joan. 21, 16. 17.

be imputar á sus imprudencias, á su falta de vigilancia, y aun puede ser que á sus escándalos? ¿Cómo reparar estas desgracias? Volviendo á Dios por nuestro celo los que lo habian abandonado; procurándole tantos homenajes, si podemos, como ultrajes le hemos ocasionado.

¡Feliz el pecador convertido que puede suavizar por los trabajos de su celo, la amargura de sus pesares, al recuerdo de sus antiguos extravíos! Señor, yo he sido causa de que os ofendan, yo os he ofendido; pero yo me esfuerzo en procurar que os adoren, que os bendigan y que os amen. Demonio cruel, tú me has vencido, yo te venceré; yo te arrancaré mas almas que las que tuve la desgracia de darte. Así se consuela un cristiano celoso: puede decir con toda seguridad: *Vos sabeis, Señor, que yo os amo* [1].

En cuanto á mí, Dios mio, hasta este dia no he podido decíroslo sin mentir á mi conciencia; porque ¿en qué, Señor, hubiérais podido reconocer mi amor? ¿Seria en mi indiferencia por la salvacion ó por la pérdida de tantas almas, cuya salvacion deseais tan vivamente? Vos sabeis ahora que os amo; vos lo veis en el pesar que esperimento por haberme dilatado tanto en daros este testimonio de mi amor. Vos lo sabreis, vos lo vereis en lo de adelante y para siempre en mis piadosas industrias, y en la actividad y constancia de mis esfuerzos,

(1) Joan. 21 15.

para hacerlos amar, si puedo, de todos mis hermanos.

Virgen santa: vos sois mi Madre; yo no tengo mas dulce consuelo que pensar en esto. Mas ¡ah! ¿Podeis reconocerme por vuestro hijo? ¿Cuánta caridad necesaria para parecerme á mi divina Madre! ¡Ay! A lo menos yo os conjuro por ella: arrojad de vuestro corazon en el mio algunas centellas de aquel fuego sagrado que os inspiraba tanto celo para la salvacion de las almas. Acordaos &c. (pág. 35.)

SEGUNDO MOTIVO DE NUESTRO CELO

PARA LA CONVERSION DE LOS PECADORES.

EL INTERES DEL PROJIMO.

MEDITACION PRIMERA.

EL MAL QUE SE TRATA DE REMEDIAR ES DIGNO

DE NUESTRA COMPASION.

PUNTO I.

Naturaleza de este mal.

La caridad es compasiva, mas tambien es inteligente: mide su compasion por la grandeza de los males que son objeto de ella.